

la tierra en el corazón de aquel á quien amo. ¡Ah! perdonádmelo, es un sueño de amigo, es un sueño de hermano, es tambien un sueño de apóstol; y mi Dios que me lo envía, me dice al corazón, que este sueño puede ser con el tiempo y será cuanto ántes, si no para todos, á lo ménos para un gran número, la dulce realidad. O Dios, vos quereis que nosotros conquistemos los corazones con el poder de vuestro corazón, y decis: ¿A quién enviaré? *Quem mittam?* Maestro, mi corazón os ha respondido: Aquí estoy, héme aquí, enviadme á mí: *Ecce ego, mitte me.* Yo creo en el poder de vuestro amor para triunfar del corazón de los hombres; poned su fuego en mi corazón, su llama en mi palabra, y enviadme: *Ecce ego, mitte me.* Si yo no me lo llevo todo, me llevaré una parte, la parte generosa, capaz de dar el impulso á la otra; y ¡ojalá haga ver esta minoría por el espectáculo de sus virtudes y el prodigio de su engrandecimiento moral, que el progreso por el cristianismo es el amor de Jesucristo que reine en los cristianos!

CONFERENCIA SÉPTIMA.

EL EGOISMO, OBSTÁCULO AL PROGRESO.

EMINENTÍSIMO SEÑOR,

Después de haber establecido que el cristianismo es el principio del progreso moral, porque produce la santidad que es el progreso moral en su mas alta potencia, hemos manifestado el secreto de este progreso en las reacciones poderosas que el cristianismo opone á todas las concupiscencias que degradan á la humanidad. Buscando en seguida cuál es la fuerza oculta que ha levantado á la humanidad y producido la santidad, causa efectiva de estas reacciones progresivas, hemos revelado este secreto en la palabra que resume todo el cristianismo práctico: *el amor de Jesucristo.*

Para poner coto al desenfreno de las concupiscencias que arrastran los hombres á la degradacion, es indispensable colocar de nuevo el amor en su centro, volviéndolo otra vez á Dios. Jesucristo verifica por medio de su corazón este movimiento de restauracion y de progreso. Dios-Hombre que es, se hace amar; y haciéndose amar, hace amar á Dios y vuelve el amor del hombre á su centro divino. Vuelto allí el amor del hombre, se trasforma, y con el contacto del corazón de Jesucristo recibe algo de sus atributos divinos: hácese el mas elevado, mas ancho, mas profundo, mas fuerte, mas dulce, mas perfecto en todas maneras; y así es como este amor, entrando en el movimiento del progreso, todo lo arrastra tras sí, porque él mismo es el centro y el compendio del hombre en toda su integridad. Y de aquí hemos sacado por consecuencia, que el progreso cristiano no volveria á emprender entre nosotros su marcha, que cuenta ya diez y ocho siglos,

sino con la condicion de buscar allí su impulso, su resorte y su vida, esto es en el corazon de Jesucristo, centro vivo del verdadero cristianismo, y el único que sea capaz de volver al órden tantos amores que se extravían.

Aquí podria yo detenerme por lo que respecta á la demostracion del progreso moral por el cristianismo : pero tengo la satisfaccion de que una grande obra de caridad que lo es también de progreso, me procura la ocasion de dar el legítimo complemento á las explicaciones que preceden, haciéndoos ver en este dia el efecto inmediato y el resultado general de lo que hemos dicho, y que será como un nuevo punto de partida en cuanto á lo que nos falta decir. Quiero probaros, que el amor de Jesucristo estando en posesion del corazon humano, es la destruccion del mas universal y mas central obstáculo á todos los progresos, porque es la destruccion total del Egoismo.

Por poco que uno esté dotado de la facultad de amar, y sienta la necesidad de darse á otros séres distintos de él, no puede ménos de sentir en esta vida la existencia de este mal que hace las mas profundas heridas al corazon humano, es decir el Egoismo. Por esta palabra entiendo la tendencia mas directamente opuesta al verdadero amor. Por el amor sale uno de sí mismo para darse á otros séres; por el egoismo entra uno en sí mismo para darse á sí mismo. Para amar se necesita ser á lo ménos dos. El Egoismo vive solo, y se complace en su vida solitaria; él dice : « Yo, todavía yo, yo solo; yo para nadie, todos los otros para mí; yo el fin, todos los otros los medios; yo el amo, todos los otros los servidores; yo la gloria, la única gloria, todos los otros los reflejos de mi gloria; yo la voz, la única voz, todos los otros los ecos de mi voz; yo el centro, el único centro, los otros los puntos en mi esfera. En una palabra, yo todo, los otros nada, nada á no ser que sea para mí mismo : yo, yo solo, os digo, y esto basta. »

Estas palabras os dicen mas que todas las definiciones : ellas os describen con su propio lenguaje ese sér indefinible que uno no sabe como representarlo, y á quien no se atreve á dar ni las facciones ni la cara de hombre, porque nada hay que haga mas horror á nuestra humanidad; este no sé qué de duro, de áspero, de estrecho, de mal-sano, de frio, de mortal, cuyo aliento hiela y cuyo contacto da la muerte.

Ya he mirado muchas veces durante mi vida en el fondo de las cosas para ver de descubrir la causa profunda de nuestras desgracias; he escuchado mucho tiempo los quejidos de las almas y los estremecimientos de los corazones para descubrir por fin en los pliegues mas ocultos de nuestras miserias la causa profunda de todas nuestras miserias. Y todo me ha revelado el mismo secreto, todo me ha dado la misma respuesta : *Egoismo*. Y cuando he buscado un poder para vencerlo, todo me ha respondido : *Amor de Jesucristo*.

I.

Cuando uno penetra de capa en capa dentro de esas miserias que la humanidad oculta en sus profundidades, aun debajo de sus mas brillantes cortezas, llega siempre á tocar este mal central que es el origen primero y la causa universal de todos los otros, cualquiera que sea el paraje donde practique las excavaciones. El egoismo es el principio que desorganiza, el principio que divide, el principio que hiere, el principio que deshonra, el principio que abaja, el principio que destruye, el principio que mata : en una palabra, es el desórden universal. El Egoismo es por su esencia desorganizacion y destruccion; es la decadencia misma.

¿De dónde le viene al Egoismo este poder perturbador? De que él es el enemigo del órden; y es el enemigo del órden porque, empujando á cada individuo á que se haga centro y centro principal, destruye la armonía de los séres, que no existe ni se sostiene sino por la unidad del centro.

Figuráos, Señores, lo que sucederia en el mundo sideral si cada uno de las planetas, dotado de libertad y pudiendo por sí mismo escoger su centro, su órbita y su movimiento, dijera de repente á su sol : « No me da la gana de girar en derredor de tí : hace ya mucho tiempo que te estoy honrando con mis marchas obedientes y mis dóciles evoluciones : ahora te llega el turno de escogerme por centro y gravitar al rededor de mí : á tu vez debes recibir de mí la luz y pedirme el impulso; á tu vez debes saludarme, atravesando el espacio, con

« tus movimientos respetuosos. » Suponiendo que el astro regio pudiese abdicar su derecho de ser centro, ¿cómo lo haría si todos los planetas, á los que ve girar seis mil años hace en derredor de sí, fuesen cada uno por su parte á hacerle semejante demanda? ¿Cómo podría concordar esas pretensiones contradictorias, y si puedo decirlo, esos egoismos del mundo astronómico, en los campos del espacio donde Dios le dió su soberanía? ¿Y qué sucedería en la creacion entera si ese sol, que seguramente no es él mismo otra cosa que el satélite de otro sol, llegase á separarse de su centro, y ese otro sol del suyo, y así sucesivamente? ¿Qué sería del mundo, es decir, del órden astronómico? Y en lugar de este concierto de los cielos que narran la gloria del Criador, ¿qué otra cosa oiriais en el fondo de los espacios si no es el grito lastimero de todos los astros heridos, chocándose los unos con los otros en un desórden inmenso?

Trasladad esta hipótesis del mundo material á las realidades del mundo moral: ved á cada hombre que, en vez de aceptar el movimiento regular de su vida junto con sus dependencias, aspira á ser un regulador en su esfera; y en lugar de coordinarse relativamente á su centro, no se ocupa sino de retirarse sobre sí mismo, atraerlo todo á sí, y hacerse centro él mismo: y comprenderéis lo que puede el Egoismo para desconcertar el mundo moral, y preparar con un desórden supremo la universal decadencia.

Las inteligencias que han leído en el fondo de las cosas, podrian entretenerse en dar á este pensamiento iluminaciones que descien den como por sí mismas de las cumbres de la ciencia. Pero la simple verdad se descubre aquí demasiado palpable en el mundo de la realidad que nos toca, para que pidamos á la ciencia revelaciones que nos da la naturaleza humana cogida en fragante; y cualesquiera que sean sobre este punto las claridades que nos envia la metafísica, no pueden nunca, por lo que á nosotros toca, equipararse con la doble evidencia que nos viene, tanto de este mundo que se mueve en torno de nosotros, como de este otro mundo que vive dentro de nosotros, y que somos nosotros mismos. Así pues no consideremos mas el Egoismo como un sér abstracto, tomémoslo como un ente real; no sea ya mas para vosotros una tendencia de la naturaleza, sino que se presente á vuestra vista como un hombre del mundo, tomado en cualquier grado de la

jerarquía humana en que vosotros querais buscarle; y así comprenderéis mejor que estais cara á cara con el mal, con el desórden, con la degradacion. Recorred rápidamente conmigo esos tipos egoistas, que por mas radiantes de gloria que se os aparezcan, no podréis ménos de tenerles aversion. Yo no señalo sino unos pocos, y si no los muestro todos, no absuelvo á ninguno. Yo haré ver la naturaleza humana mas bien que las personas, pues bien sabe Dios que nada está mas léjos de mi corazon que el servirme de la palabra para ofender á nadie. A vosotros toca decir si los tipos que os presento, son puramente imaginarios.

Y en primer lugar hé aquí el Egoismo *sabio*, el Egoismo *pensador*, el Egoismo *filósofo*. ¿Qué quiere ese hombre? Quiere hacer un libro. ¿Por qué? ¿Para iluminar el mundo sentado en las tinieblas? No; ese hombre quiere hacer ruido en el mundo de las ideas. Quiere echar su nombre á los ecos de la fama: en esto consiste su ambicion entera. Yo voy á publicar un libro, dice él, y lo único que pretendo es que todos oigan hablar de él. ¿Cómo lo haré? Si digo la verdad sencilla, la verdad comun, la verdad antigua, mi libro caerá en el mundo como una piedra en el vacío. Lo haré de otro modo: voy á chocar fuertemente con todas las ideas admitidas; echaré el insulto á todo lo que el mundo venera; tomaré una idea bien extraña, bien excéntrica, sumamente en contradiccion con el sentido comun; y hondero intrépido la arrojaré á la cara de la humanidad contemporánea: el retumbo es inevitable. Yo voy á afirmar que la propiedad es el robo. Yo, dice otro, afirmaré que Jesucristo no es mas que un mito. Yo, dice un tercero, voy á renovar un sistema tomado de los Griegos, que en el siglo décimonono parecerá una novedad sorprendente; y diré que la metempsícosis es la ley de la vida. Yo, dice un cuarto, en presencia del cristianismo que se proclama divino, y delante de los cristianos que adoran al Dios-Hombre que fundó el cristianismo en la claridad de la historia, voy á decir que todas las religiones, incluso el cristianismo, son un fruto natural de la espontaneidad humana: decir esto en pleno cristianismo, sobre todo cuando uno es todavía jóven, es dar muestra de una audacia precoz, la sensacion profunda está asegurada, el suceso es infalible, y ya me parece oír los ecos del mundo que repiten mi nombre. Así lo dice, y así lo hace el Egoismo pensador. Erostrato

de la ciencia ó de la filosofía, para celebrar su nombre pegaría fuego al templo de la Verdad.

Ved ahora el Egoismo *artista*. El Egoismo filósofo quiere que lean su libro; el Egoismo artista quiere que miren y compren su obra maestra. El medio de hacerla mirar es atraer las miradas; y es indudable, dice él, que lo que atrae las miradas de la humanidad curiosa, de esa humanidad cuya respiración siento y cuyas pasiones conozco, son las cosas que ella encuentra embelesadoras, al paso que las declara impúdicas. Arrostramos el pudor, é indudablemente la obra maestra no pasará sin que sea vista, y hasta las vírgenes honestas querrán ver algo de ella al través de su velo discreto. Habrá castidades que se horrorizarán, y los predicadores gritarán contra el escándalo; enhorabuena, mas quiero el escándalo que el silencio. Mi cuadro es indecente, mi estatua es voluptuosa: la humanidad en masa los mirará, y de ello me son garantías la propensión de la naturaleza y la moralidad del siglo. Lo sublime y lo ideal no hablan sino á unos pocos; lo real y lo grosero hablan á todos. Si despliego todo mi talento en pintar la desnudez, toda la multitud se dará prisa para contemplarla. Suceda lo que sucediere, lo que quiero es que mi nombre haga ruido y que mi cuadro se venda. Así el arte con su vuelo sublime y sus alas de serafín cae allí, y se abate en la impureza encerrándose en el egoismo.

Hé aquí también el Egoismo *literato*. ¿Qué quiere este? Oro; ¿qué busca? Oro. La literatura es para él como otra California. Él no hace obras maestras, porque en ellas deben emplearse muchas fuerzas, y se recoge poquísimos oros. Él hace comercio literario, agiotaje literario, mercantilismo literario. ¿Qué vergonzoso espectáculo!... Mirad en torno de vosotros esos Egoismos letrados que escriben, escriben, escriben, el uno el folletín, otro la novela, otro el drama, otro la crónica, otro sus recuerdos, otro sus impresiones, otro sus sueños, otro sus viajes, otro sus memorias, su historia, su vida. ¿Qué buscan esa prosa y esos versos, esos folletos preciosos y esos libros interesantes? La mina de oro de la literatura contemporánea. Vosotros creéis tal vez que esos grandes hombres siguen la luz de la idea, la inspiración del ingenio, el impulso del corazón, el ardor de la vena, y lo que ellos llaman gloriosamente arrastramientos irresistibles. ¡O simplicidad! Mirad detrás de ellos: el contratista está allí; este es el Dios inspira-

dor. Él dice á los literatos que tienen la pluma levantada y el talento dócil al mandato: Escribid esto, y ellos lo escriben; propagad este rumor, y ellos lo propagan; acreditad esta mentira, y ellos la acreditan; derribad esta reputación, y ellos la derriban; calumniad esta institución, y ellos la calumnian; componed en tres meses diez volúmenes, y ellos los componen; recibid cien mil francos, y ellos los reciben. ¡O degradación! En el reinado del Egoismo literario la literatura á su vez ha caído allí, en el tráfico. En el hombre de letras no veo mas que un hombre de negocios, y en el hombre artista el hombre de especulación: el talento de realizar lo bello se convierte en habilidad para realizar el provecho, y el ministerio de escribir desciende al oficio mecánico de hacer oro. Tal es el Egoismo literato: él acumula el oro propagando la mentira; recoge la riqueza difundiendo la corrupción; y la inmoralidad es su fortuna.

Ved aquí el Egoismo *industrial*: escuchad lo que dice y mirad lo que hace. «Yo tengo un capital que representa un millón: suponiendo mil jornaleros que trabajen todos los días y quince horas por día, hé aquí el producto exacto y el beneficio limpio.» Y este hombre dice á sus trabajadores: «Vosotros trabajaréis siete días cada semana. — ¿Por qué siete días? — Porque siete días producen mas que seis. — Pero nuestros cuerpos se extenuarán. — Yo me enriqueceré. — Necesitamos tiempo para ocuparnos de nuestros hijos. — Yo no estoy encargado del cuidado de vuestros hijos. — Nosotros tenemos un Dios á quien servir. — Que se arregle Dios, yo no me cuido de Dios. — Nosotros tenemos una alma que debemos salvar. — Yo tengo una fortuna que debo hacer. — Nosotros somos hombres ántes que obreros. — Sed hombres lo mejor que pudiereis; necesito obreros para mi industria y brazos para mis máquinas.» Tal es el industrial egoísta, es decir, casi siempre el industrial sin cristianismo, el industrial sin religión: él es el explotador del pueblo, el exterminador de su cuerpo y el devastador de su alma. Para él, lo mismo que para el pagano que posee esclavos, el obrero no es un hombre, es una cosa; no es un ser moral que tiene un destino, es una máquina viviente que funciona para una fortuna.

Y no se me acuse de que excito á sublevarse el obrero contra su amo, yo digo la verdad á todos; y después de haber mostrado el Egoismo industrial, digo: Mirad el Egoismo *obrero*. Instruido en las

doctrinas de la economía materialista, hace de esta fórmula brutal la única ley de su vida : *trabajar para gozar*, para gozar él mismo , para gozar lo mas pronto posible y lo mejor posible. Este hombre gana diez francos diarios, tal vez quince. ¿Qué le queda al cabo de un año? Nada. Lo que gana en cinco dias, lo gasta en dos. Él tiene hijos, ¿qué le hace? Mi padre, dice, no me ha dejado nada, y ha gozado de su trabajo. Yo hago como mi padre, y mis hijos harán como yo. Este hombre tiene cincuenta años. Treinta años hace que ha podido ganar diez francos diarios, no es propietario, y extraña mucho este fenómeno; pero lo extraño sería que lo fuese. Él maldice la propiedad; él es revolucionario; y el orden social no es á su modo de ver sino una tiranía organizada. Él cae enfermo; el hospital es su último asilo, y la caridad le recoge en sus brazos; á pesar de esto no es agradecido, y cree que esta caridad no es mas que justicia, y que todos aquellos que se sacrifican en su servicio, no son mas que deudores que le pagan una parte de lo que él cree ser derecho suyo.

¿Quereis ver el Egoismo en la *familia*? Mirad el Egoismo *padre* : ¿qué padre! Un padre que no ama, un padre que no se compadece, un padre que no se sacrifica, un padre que no protege, un padre que nada absolutamente conoce de su paternidad, nada, excepto unos derechos que exagera, y un poder del que abusa. Él devora el dote, desconcierta el patrimonio, arruina su casa. Siendo el terror de su mujer, la desgracia de sus hijos, el infortunio de todos, él no es un padre en medio de su familia, sino un déspota en medio de sus esclavos, y toda su paternidad no es mas que tiranía.

Yo podria deciros : Mirad el Egoismo *madre*, pues existe tambien : pero lo paso por alto, atendido que hablo aquí para los hombres. Entre este Egoismo padre y este Egoismo madre, ved el Egoismo *hijo* : ¿qué hijo! Aquel que os he mostrado, el hijo pródigo, el hijo que se rebela contra la paternidad, y hace á su padre y á su madre intimaciones insolentes; el hijo, que para gozar de sí mismo, huye de la autoridad paterna y de la ternura maternal; el hijo, que al paso que derrocha toda su hacienda, consume todos los tesoros de la vida; el hijo, que de los brazos de su madre y del júbilo de la obediencia cae en el oprobio de la sensualidad y en todas las afrentas de la esclavitud. Hé aquí el Egoismo en la familia.

Y si quisierais ahora verlo en el orden social, y saber lo que hace para la sociedad, os diria : Ved en sus obras el Egoismo *empleado*, el Egoismo *soldado*, el Egoismo *hombre de Estado* y el Egoismo *vasallo*.

El Egoismo *empleado*, que se inspira no de su deber, sino de su pasión; que pone su interes encima de la justicia; que pide el sacrificio de la virtud en cambio del servicio debido por el empleo; que deja inmolar el derecho al favor, ántes que inmolar su interes sobre el altar de la justicia; que sufoca el mérito modesto, y empuja á los honores la mediocridad intrigante; que oprime la inocencia, y vende sus favores; en una palabra, que sacrifica la justicia á su propio interes, en vez de sacrificarse él mismo al triunfo de la justicia.

El Egoismo *soldado*, que hace marchar su gloria ántes que la salud de la patria; que busca como último fin un puesto en el que uno es visto de léjos, y se presenta como héroe á las miradas de la Europa. Capitan envidioso, tiene celos de su jefe, contraría sus planes para impedirle que venza, y hace perder una batalla que debe cubrir de gloria su patria, ántes que asegurar un triunfo que debe exaltar á su rival. Soldado, rompe tu espada, y vete á ocultar tu afrenta á fin de que no la vea la patria. Un soldado debe ser una abnegacion, ¡tú eres un egoismo!

El Egoismo *hombre de Estado* : ¿qué otra cosa podrá ser, en cualquier grado de poder en que la Providencia le haya colocado, sino la tiranía? El hombre de Estado, tal cual debe ser, es el derecho y la afeccion armados del poder para hacer reinar en los pueblos la justicia y el amor. El Egoismo hombre de Estado es exactamente lo contrario : él no es ni el reinado del amor ni el reinado de la justicia; no es mas que la fuerza armada para la opresion. La tiranía en su nocion genuina no es otra cosa que el Egoismo del poder. Si el poder es subalterno, es una tiranía subalterna; si el poder es soberano, es la tiranía en su cumbre.

El Egoismo hombre de Estado es la tiranía; el Egoismo *vasallo* es necesariamente la revolucion, revolucion que murmura á la sorda, ó que estalla á la luz del dia. El gobierno, sea el que fuere, es incapaz de contentarle, porque todo gobierno exige hasta cierta medida la abdicacion del *yo*; y el Egoismo es el *yo* que nada quiere abdicar y todo lo quiere tener. Para reconciliarle con un gobierno, consular, real ó im-